



## **Aparición de Cristo Jesús durante la Sagrada Semana, el 13 de abril de 2017, en el Centro Mariano de Figueira, Minas Gerais, Brasil, al vidente Fray Elías del Sagrado Corazón**

Por los martirios soportados,  
por los dolores transmutados,  
por la victoriosa Misericordia alcanzada,  
Cristo Redentor, libéranos de las amarras.

Amén.

Cierren sus ojos y sientan el amor de Mi Glorificado Corazón, por las almas del mundo, especialmente por todas las almas perdidas.

Hoy les muestro en Mi Pecho, abriendo Mis Brazos, extendiendo Mis Manos, Mi Corazón Eucarístico y debajo de Él, el Santo Cáliz del Señor, elementos sagrados, que a través del Pastor, junto a Sus ovejas, viene a renovar el misterio de la Cena Pascual.

Hoy, ante un mundo en tinieblas, en guerras y en destrucción, su amado Rey viene a renovar la Cena Pascual, para que sus corazones y almas, a través de este Sacramento, solo sientan el amor; amor que penetra en lo más profundo de la consciencia, llegando hasta las células y hasta los átomos de quien lo permite. Este es el verdadero misterio de la Santa Eucaristía, convertida en el Cuerpo y en la Sangre de su Señor.

Les pido que cierren sus ojos, para sentir las palabras del Amor de Dios, que vienen a sanar las heridas; que vienen a liberar las amarras; que vienen a renovarlos una vez más, porque el mundo lo necesita.

Hoy los invito compañeros, sacerdotes, madres y amigos, a compartir esta Cena Pascual Conmigo, con el fin de ejercer y de poder generar la reconciliación de todas las almas con Dios, con Su Divina Fuente de Gracias.

Hoy no estoy aquí con los doce apóstoles, como lo estuve en el pasado. Hoy vengo a cumplir Mi Promesa y Me encuentro aquí, en este recinto sagrado, para estar entre las multitudes, para que todos sean partícipes de la renovación de esta Cena Pascual, concedida por obra y gracia del Espíritu Santo. El Santo Espíritu de Dios ha hecho aproximar a su Maestro y Señor, para que Él pudiera contemplar su fe y no sus pecados; para que Él pudiera reencender la llama de amor en todos los corazones que así lo acepten.

El Corazón Eucarístico que aquí, hoy resplandece, viene a irradiar la paz para el mundo. Este es el mayor símbolo de unidad entre los hombres y Dios, entre el Cielo y la Tierra, entre los ángeles y las almas. Felices serán por siempre los que vienen aquí, a celebrar Conmigo la renovación de esta Cena Pascual.

La Comunión que hoy ofreceré para ustedes, brotará de lo más íntimo de Mi Espíritu. Por eso compañeros, no pierdan la oportunidad y la Gracia de poder beber del misterio de Amor que brota de Mi Corazón Eucarístico, hoy expuesto desde el Universo Celestial, para todo el planeta, para todas las razas y para todos los pueblos del mundo.



Hoy llamo, en los planos internos, a todas las tribus de Israel, desde Oriente a Occidente, desde el Norte hasta el Sur. Los llamo a todos, a todas las ovejas, para que vengan a participar de esta Cena, de esta Comunión espiritual con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, Amén.

Muchas de las cosas que se cuentan sobre la última Cena son ciertas, pero muy pocos saben lo que verdaderamente sucedió en aquel tiempo, cuando Yo reuní a Mis apóstoles para que pudieran adorar Mi Corazón Eucarístico, en la presencia del Padre, de la primera Persona de la Santísima Trinidad.

Es eso mismo que hoy les traigo hasta aquí y expongo ante sus ojos internos. Porque son sus corazones los que deben beber de la Fuente de este misterio. No hay pecado, no hay dolor, ni tampoco angustia que pueda prevalecer, mientras Estoy presente aquí, renovando esta Cena Pascual con cada uno de sus corazones y especialmente con sus almas; las que hoy vengo a curar de muchas enfermedades internas.

*Fray Elías del Sagrado Corazón:*

*Nuestro Señor se está arrodillando.*

Preguntarán ¿por qué hago esto? ¿Acaso Dios no es más fuerte que todos los hombres? Santa sea Su Humildad y Su Misericordia, que viene a entregar a Su pequeño Hijo, para que las almas se puedan salvar, antes que la puerta de la Misericordia se cierre en el mundo.

Hoy, en esta Cena Pascual junto a Mí, serán testigos del legado espiritual que hoy entrego a sus espíritus; el cual se revelará como un sentimiento, como una verdad, como un talento y un don en el fin de estos tiempos.

*Fray Elías del Sagrado Corazón:*

*Ahora Nuestro Señor está elevando Sus Ojos a lo Alto. Extendiendo Sus Brazos y Sus Manos a lo Alto, aun expone, con más fuerza y poder, Su Corazón Eucarístico. Está invocando a los Universos Celestiales.*

Adonai, no mires la injusticia de la humanidad. No mires los errores, las indiferencias y los ultrajes, los sacrilegios y el orgullo de los hombres.

Adonai, abre la puerta de Tu Corazón, para que todas las almas ingresen en Tu Fuente de Amor.

Hoy Me ofrezco, Padre Mío, con la dolorosa pasión vivida, con el sacrificio de la Cruz, por cada uno de los presentes, que representan a muchas almas más en el mundo.

Adonai, que cada una de ellas pueda ser testigo del Amor que Yo les entrego; Amor que proviene de Tu Corazón Santo, de Tu Gloria y del poder de Tu Gracia.

Hoy ofrezco Padre Mío, la sublime compasión de Mi Corazón; aquella que estuvo viva y pulsante en los momentos de Mi mayor agonía.

Vengo a renovar en toda iglesia de la Tierra y en todos los cristianos del mundo, ésta, Tu Sagrada Cena Pascual. Que los ángeles descendan de Tu Gloria para ofrecer el Sacramento de la reconciliación y la confirmación de las almas, al Plan de Redención.



Dios habla con los más simples de corazón. Imiten Mi Corazón simple y siempre serán portadores de la paz.

Renovemos ahora el Sacramento del altar, para que las almas beban de la Fuente y ninguna se quede atrás. Que todos tengan la oportunidad de cristificarse en algún momento de sus vidas.

Quiero que nazcan los Nuevos Cristos, siervos predilectos de Mi Corazón. Quiero que despierten los dones y que los talentos se muestren, para honrar y glorificar al Creador. Si esto sucede así, gran parte de la humanidad se salvará y muchos no deberán sufrir el caos de estos tiempos.

Con la renovación de la Cena Pascual, compañeros, su Maestro y Señor, Siervo del Altísimo, viene a renovar la última Cena, para hacerles recordar el misterio que viví en aquellos tiempos y con el fin primordial de apartar las fuerzas del caos de este planeta, con la sagrada intercesión de San Miguel Arcángel.

Estén atentos a esta ceremonia, porque Cielo y Tierra pasarán. Mis Palabras quedarán en los corazones humildes; en aquellos que acepten ser lavados por el Agua de Vida.

*Fray Elías del Sagrado Corazón:*

*Nos estamos preparando en este momento, para poder comulgar del Universo Celestial, y poder revivir la última Cena de Nuestro Señor.*

Yo traeré aquí compañeros, lo que viví con Mis apóstoles en el pasado, para que puedan revivir los códigos de Mi Pasión, profundamente permeados por la esencia del Amor y de la Divina Compasión.

*Fray Elías del Sagrado Corazón:*

*Que el Señor santifique estos elementos, a través de las manos de todos Sus ángeles, para que la materia se transforme, en un divino instrumento de Dios. Que así sea.*

El agua, que es nuevamente bendecida, recibe más fuerza y poder para transustanciar todas las partículas de la vida material.

En aquel tiempo su Señor pidió a Sus apóstoles, que en la mesa colocaran varias jarras de agua, para que después de haber lavado sus pies, antes de sentarse a la mesa para comulgar del Cordero Pascual, sus manos estuvieran purificadas, así como sus almas.

Mientras las almas Me sirven, para que Mi Gracia sea posible en todos, entren en oración interior para poder sentir aún más al Maestro, en esta Sagrada Cena.

En cuanto su Maestro y Señor estaba con los apóstoles y con muchos más, reunidos en el plano del espíritu, para celebrar este misterio pascual, en donde la Misericordia vencería a la muerte y todos los pecados del mundo, las santas mujeres, siervas predilectas de María Santísima, también estaban en comunión, en adoración y en oración, esperando por la Pasión de su Esposo Celestial, para así, poder acompañarlo en esta tarea de emanación del Amor Universal hacia todo el planeta, por medio del sacrificio de su Señor.



Que esta luz sea testigo de Mi retorno al mundo. Que el amor nunca se apague. Que la confianza sea eterna, para que los corazones escuchen a su Señor y encuentren en todo, el amor, que siempre vence, sin dejar de contemplar las necesidades de las almas; porque los corazones son frágiles y necesitan de refugio para que puedan vivir su cura, en este tiempo de redención.

Es necesario construir una nueva Tierra, llena de corazones puros, que puedan vivificar a su Señor y así, alabarlo por siempre, porque en todo está el Amor, que busca encenderse en las almas, cuando los corazones abren las puertas para poder reconocer la paz.

Todos deben curarse, para liberar sus miedos y formas, y encontrar consuelo cuando se lo piden a su Señor, porque Él es más que una llama; Él es un sol, que todo alumbra.

Después que las santas mujeres encendieron sus velas, para vigilar en oración los misterios de la Pasión de su Señor, ellas estaban atentas a todo lo que les decía Mi Madre María.

Por otra parte, en el sagrado Cenáculo, su Señor y Rey, sintiendo aproximarse Su Pasión, con un semblante de paz y una mirada de Misericordia por el mundo, comenzó a lavar las manos de Sus compañeros, para que fueran dignos de este misterio pascual.

Yo lavaba para purificar y hacer renacer a los corazones.

Lavaba para cicatrizar y también para renovar la esperanza de todos los que creían en Mí.

Lavaba para pacificar y resolver los miedos de todas la consciencias.

Lavaba para santificar todas las almas, a través del Amor que Dios hacía emanar de Mí Corazón.

Lavaba para hacer más humildes a los humildes, porque son portadores del Reino Celestial.

Lavaba para que ellos alabaran a Dios a través de Su Hijo, viviendo con Él los misterios de Su Pasión.

Lavaba para que aprendieran a instruir la buena nueva, en todos los que precisarían reconstruir sus caminos de luz.

Lavaba para revivir en cada corazón, el Amor del Padre.

Lavaba para aliviar a los corazones de sus profundas heridas y de sus miedos más internos.

Lavaba para que imitaran Mi ejemplo de la sagrada humildad ante sus semejantes.

Lavaba para que ellos aprendieran a traer el Universo hacia este planeta.

Lavaba para poder redimir los profundos aspectos de la consciencia.

Lavaba para despertar los talentos en aquellos que Me escuchan de corazón.

Lavaba para que ellos fueran alegres y semejantes a su Redentor.

Lavaba para despertar en cada apóstol el mensaje de Dios.

También lavaba las manos para cicatrizar lo que todos desconocen.

Lavaba para despertar la renuncia de todos los que Me seguirían.



Lavaba, solo lavaba las manos, para demostrar el poder de Mi Silencio.

Lavaba para aquellos que debían conocer Mi Santa Iglesia.

Lavaba para liberar todas las angustias, para que todos fueran merecedores y dignos hijos de Dios.

Lavaba para que ellos llevaran Mi mensaje al mundo, como ejemplos de amor y de verdad.

Y a algunos les daba Mis Llagas para que las revivieran espiritualmente; para que fueran vigilantes y guardianes de Mi Plan hasta el fin de los días y así reconocieran Quién era su único Amor.

Cerraba las puertas a los que se podrían perder y encontraba en los que Me seguían, los caminos de la oportunidad de amar.

Llegó el momento esperado, en donde todos, sentados alrededor de la mesa del Señor, se ofrecieron por la humanidad, para vivir junto a su Maestro este sacrificio.

Escuchando las Palabras solemnes de Mi Corazón, colocaron sus manos sobre la mesa, en perfecta receptividad a la Voz amorosa de su Señor. Y sintieron, en nombre de la humanidad y del poder de este sacrificio de amor, el descenso de los ángeles y arcángeles del Cielo.

Jerusalén estaba recogida, en una noche de gran silencio y de gran expectativa, en donde el Hijo del Hombre, celebraba Su Cena con aquellos a los cuales Él había llamado para proclamar la Palabra de Dios, los que escucharon en sus corazones, y observaron y contemplaron con sus almas, la realización de este sagrado misterio, a través de la Cena Pascual.

Y las santas mujeres, en un profundo éxtasis y entrega, postradas en el suelo, vivían esta Comunión espiritual con su Señor.

Es así que, abriendo las puertas del Universo, el arcángel Miguel presenció la revelación de este misterio, en donde el amor sería la premisa para generar la salvación y la redención de la humanidad.

Después de que la mesa fue santificada por el incienso y por el agua, Nuestro Señor les pidió a los primeros sacerdotes, los que serían precursores de Su Santa Iglesia Celestial, que acercaran a su Señor, un aceite.

Y así, María Santísima, compenetrada por este misterio de amor y viviendo en Su propia carne, en Su propio espíritu, la Pasión de Su Hijo, de Su Señor, también hizo lo mismo.

Su Señor tomó entre Sus Manos este aceite, así como lo hizo Su Sierva fiel. Pidió que los ángeles lo santificaran y lo consagraran en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y María señaló a Sus discípulas con una cruz en la frente, para que también ellas fuesen testigos del principio y del surgimiento de una nueva humanidad, despierta, activa y solemne, por medio de los cristos internos de cada corazón y de cada alma.

De esa forma el Padre instituía, a través de Su Santo Hijo y de Su Santa Madre, la primera legión de discípulas, que serían las guardianas de los signos de la Pasión de Nuestro Señor.



Las santas mujeres se comprometieron en aquel tiempo, a padecer por su Señor, con el fin de aliviar todos Sus Dolores y ultrajes, hasta el fin de sus días.

Mientras Jesús revelaba el misterio de esta última Cena, pidió a Sus apóstoles y a todos los seres internos que allí se encontraban, que con el santo aceite consagrado por Miguel Arcángel, se hicieran la señal de la Cruz en la frente, para confirmar la confianza en este Misterio de Amor de la Sagrada Pasión de su Señor y de poder ser portavoces de Su Evangelio en el mundo.

Después que todos fueron señalados con la energía de San Miguel, el Señor continuó con la ceremonia. Tomó el pan sin levadura y elevando Sus Ojos al Cielo, su Señor imploró a Su Padre, lo bendijo y este elemento se convirtió en el Cuerpo de Cristo, muy bendecido por Mi Corazón Eucarístico. Partió el pan y los ángeles se postraron aún más en el suelo, cuando Nuestro Señor instituyó por primera vez la Eucaristía, con el fin de vencer en el amor, para liberar del mal a este planeta.

Él dijo a Sus apóstoles: *Coman todos de él, porque este es Mi Cuerpo, que será entregado por los pecadores, para la salvación del mundo y de todas las razas del planeta.*

Juan y Pedro se desmayaron al sentir tanto Amor del Señor. Y la Santa Madre sirvió el Cuerpo de Su Hijo, así como las santas mujeres, que confirmaron la Pasión de su Señor.

Después de que todos comulgaron, retornaron el pan a la cesta y preciosamente fue cubierto, para proteger el santo Cuerpo de su Señor.

Jesús le pidió a Sus apóstoles que vertieran el vino en los cálices. Le pidió a Juan que aproximara el agua, pues Su Sangre y Agua sería derramada sobre el mundo.

En ese momento, su Señor pidió que elevaran los pequeños cálices al Cielo, como representación del ejercicio que su Maestro realizaba. Y a todos los ángeles del Cielo les pidió que convirtieran el vino en Su Sangre.

Después de esta bendición, se manifestó el primer paso de la Misericordia de Dios, a través de su Redentor.

Colocando el Cáliz cerca de Su Corazón, le dijo a Sus apóstoles: *Tomen todos de Él, porque esta es Mi Sangre de la Nueva Alianza entre los pacificadores y Dios.*

Del mismo modo, la Santa Madre, en comunión espiritual, recibió de San Miguel Arcángel la Divina Sangre de Su Hijo. Y las santas mujeres, en un profundo gozo, se postraron al recibir la santa Alianza de su Señor.

Del mismo modo, el Santo Cuerpo y la Divina Sangre llegaron hasta José de Arimatea. Y todos tomaron de lo que restaba.

De esta forma, se constituía y se confirmaba, a través del Cuerpo y de la Sangre de su Señor, el perdón concedido por el Padre, para esta humanidad.

Que hoy todos se alegren, porque han recibido la primera Comunión espiritual con su Soberano Rey.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.